02 2015

La esperanza del monstruo democrático, entre Syriza y Podemos

«Un espectro se cierne sobre Europa» : así titulaba su portada hace unos días el diario italiano *Il Manifesto*, comentando las visitas de Tsipras y Varoufakis a los gobiernos europeos. Una verdadera pesadilla para los ordoliberales alemanes, un *Geisterfahrer* precisamente, el conductor suicida que quiere estamparse contra el autobús europeo: así ha escrito en su primera página *Der Spiegel*. Imaginemos lo que podría ocurrir con la victoria de Podemos en España: ¡qué enorme espectro se verá entonces al acecho, un verdadero monstruo generado por los explotados y por las fuerzas productivas de la cuarta economía europea! En pocas semanas comenzarán las citas electorales en España y se repetirá, con fuerza redoblada, la cantinela de los gobiernos europeos destinada a meter miedo a las y los ciudadanos españoles. Prepáremonos. Con la seguridad de que la prepotencia de los malos augurios de esta propaganda será derrotada. Pero mientras tanto, preparémonos: ¿qué podrá replicar Podemos sobre Europa?

Consciente de la aceleración temporal y política que la victoria de Syriza ha impuesto, el discurso de Podemos sobre Europa es, por un lado, de solidaridad sincera y de alta consideración hacia la victoria de los demócratas griegos, mientras que por otro lado es un juicio de prudencia –la línea Tsipras puede fracasar en el breve

intervalo que la separa de las citas españolas. Pero la prudencia no es ambigüedad. En efecto, a nadie se le escapa que nada sería más peligroso que una postura ambigua no solo respecto a la negociación que se ha abierto entre Grecia y Europa, sino sobre todo respecto a las políticas que la Europa de la Troika ha desarrollado hasta ahora. Cualquier ambigüedad en este terreno debe ser eliminada –y así ha sido en los hechos si juzgamos a partir de lo que hemos visto en los últimos meses: existen dos Europas y hay que situarse en una u otra. La ciudadanía sensata sabe que no se podrá ganar en España si no es a la luz de un frente ya abierto por Syriza y que ha de ampliarse en Europa. Las políticas de la deuda, las cuestiones vinculadas a la soberanía y a la cuestión atlántica solo pueden entrar en consideración en el espacio europeo.

Cabía esperar una gran atención –y así empezamos a comprobarlo– a las propuestas tácticas y a las políticas del equipo económico-financiero de Syriza. Con independencia de los juicios sobre el valor de las propuestas, estas señalan de todas maneras un plano de cooperación transnacional y un abandono de la demagogia antieuropea de las «viejas» izquierdas, una demagogia que en cualquier caso nunca ha sido fuerte en Podemos. Claro que la apuesta de Syriza se formula en términos de defensa de la soberanía nacional («contra la Troika», «contra Merkel», etc.), pero en la práctica implica la aceptación bastante evidente de una intervención política *dentro* y *contra* la Unión tal y como esta es dirigida. De esta suerte, la principal opción hoy es la de una coalición de los PIIGS y de las fuerzas de una nueva izquierda para dar un vuelco al statu quo de la Unión. Asimismo, esta parece ser la única opción al alcance de Podemos para ganar las elecciones.

Tratemos de considerar la cosas con mayor profundidad. Hasta ahora el enfrentamiento en Europa se ha producido entre una Europa neobismarkiana, neoliberal y fundamentalmente

conservadora y una Europa democrática, constituyente, fundamentalmente atenta a las exigencias de las y los trabajadores, de las clases medias empobrecidas y de los jóvenes precarios o en paro, de las mujeres, de los inmigrantes y refugiados, de los viejos y nuevos excluidos. Una alternativa por así decirlo, porque a partir de la crisis de 2008 la Europa bismarkiana se ha impuesto con contundencia, dejando a la otra Europa un espacio marginal, de protesta y a veces incluso de lamento desesperado. Sin embargo, cuando la situación parecía quedar terminantemente cerrada para las reivindicaciones de justicia y para las revueltas contra la miseria, se ha presentado la alternativa –a partir de Grecia. Ahora se trata de afirmarla y de organizarla precisamente en los terrenos en los que se había impuesto la iniciativa reaccionaria –donde esta había intentado ahogar al Hércules del rescate popular.

La primera cuestión, la primera dificultad, es la de la deuda. La Europa de la Troika quiere hacer pagar la deuda a las multitudes europeas y la capacidad de pagar esa deuda se convierte en el rasero de la democracia así como del grado de europeísmo. Pero todos aquellos que se mueven en un frente democrático piensan, por el contrario, que ese rasero es infame porque las deudas que hoy se imputan a los pueblos han sido contraídas por quienes han gobernado durante estos años. Estas deudas han engordado a las clases dirigentes, no solo mediante la corrupción, la evasión o los favores fiscales, el gasto demencial en armamento, las políticas industriales en provecho no del trabajo, sino para someter a este a la renta financiera e imponer a los modos de vida la precariedad y una incertidumbre asfixiante. Cada hombre, cada mujer, cada trabajador ha tenido que reconocerse culpable de una deuda, de un gravamen financiero del que no era responsable. Ha llegado el momento de decir en voz alta que no han sido las y los ciudadanos sino los dueños del poder, los hombres del proyecto neoliberal, los

políticos de «centro», de las «grandes coaliciones» cada vez más extremistas y exclusivas –han sido ellos los que han creado una deuda de la que se han apropiado y de la que exigen un reembolso indebido. Contra esa condición servil para los pueblos (no solo para los pueblos del sur de Europa, sino también para los de Centroeuropa y sobre todo de Europa del Este) la nueva izquierda, a través de Syriza, pide un rescate –una conferencia europea sobre la deuda, esto es, una sede constituyente para un nuevo sistema de solidaridad, para establecer nuevos criterios de medida y cooperación fiscal y para las políticas del trabajo. Podemos puede aportar a este proyecto un respaldo enorme. Todos sabemos que detrás de estos temas se abre un proyecto de transformación profunda de las relaciones sociales. Una vez más, nace desde Europa y en Europa un proyecto de libertad, de igualdad, de solidaridad –un proyecto que podemos llamar antifascista, porque repite la pasión y la fuerza de las luchas de la Resistencia. La alianza entre Podemos y Syriza, y el apremio a confluir en esa alianza dirigido a todas las nuevas izquierdas europeas, puede construir un modelo –el modelo de una Unión democrática, construida a partir de la solidaridad más allá y contra el mercado. A partir de esta base, solo se puede hacer una política fiscal reduciendo o aboliendo la deuda consolidada hasta ahora e instaurando y homogeneizando, para el futuro, criterios progresivos de fiscalidad en toda la zona Euro. Los temas centrales del estado de bienestar –educación, asistencia médica, sistema de pensiones y políticas de vivienda, pero también el trabajo doméstico y el trabajo de cuidados– deben desarrollarse de manera homogénea en el plano europeo, acompañando la gran innovación de una «renta básica de ciudadanía» decente, generalizada y homogénea. Todo esto abre una batalla constituyente allí donde estos nuevos derechos de solidaridad pueden ser reconocidos, donde el *común* se torna en elemento central de organización económico-social.

Pero para ganar en torno a estas cuestiones se ha de indicar el terreno en el que luchar: este solo puede ser el espacio europeo en su totalidad. Se abre así el tema central alrededor del cual se han acumulado muchos equívocos: el terreno de la cesión de soberanía. Ya ha habido traspasos de soberanía y esto se han hecho siempre a favor de los poderes neobismarckianos del capitalismo financiero. En este terreno, atacando demagógicamente estas cesiones de soberanía, nacen y se desarrollan peligrosamente en Europa las derechas nacionalistas. Sin embargo, resulta extraño ver cómo esas posiciones asoman a veces (o son miradas con buenos ojos) también entre los miembros de Syriza, de Podemos y de otras fuerzas de la «nueva Europa» que están formándose. Hay que ser claros a este respecto: cada uno de los países que han entrado en la Unión, y con mayor motivo los que han entrado en el Euro, ya no poseen una soberanía plena. Y esto es bueno. Detrás de la soberanía nacional se han desarrollado todas y cada una de las tragedias de la modernidad. Y si queremos seguir hablando de soberanía en un sentido moderno (y clásico), es decir, de un poder «en última instancia», tiene que quedar claro que este se identifica cada vez más con Francfort, con la torre del BCE. Nos encontramos en una situación en la que reina una peligrosa duplicidad. Y es preciso reconocerla: necesitamos Francfort, una moneda europea, si no queremos ser presa de los poderes financieros-globales, de las políticas de EEUU así como de los demás colosos continentales que están afirmándose frente a Europa; pero por otra parte tenemos que recuperar a Francfort para la democracia, imponerle las razones de los pueblos –y Francfort debe ser asaltada por Europa: primero por los movimientos y luego, gradualmente, por la mayoría de las democracias europeas y de un Parlamento europeo transformado en *asamblea constituyente*. Con la globalización se ha impuesto en todas partes la centralidad de un gobierno monetario de zonas continentales –y Europa es una de estas zonas continentales. No cabe imaginar una batalla política más

esencial que la que lleva al control democrático del gobierno de la moneda europea. Esta es hoy la toma de la Bastilla.

Por otra parte, es evidente que solo planteando el problema del control sobre el vértice monetario y político de Europa, e insistiendo por ende en la disolución de las viejas soberanías monocráticas puede abrirse, de manera productiva, el tema del federalismo, que es otro paso esencial en la construcción de una nueva Europa. Federalismo: no solo el que quiere que las naciones europeas se recompongan en un diálogo constitucional, sino también y sobre todo una articulación de todas las naciones, de todas las poblaciones y lenguas que quieren sentirse cultural y políticamente autónomas, dentro de un cuadro unitario, esto es, federal. No son tanto los PIIGS los que desean esto; son Escocia, Cataluña, el País Vasco y todas las demás regiones que exigen autonomía y una capacidad efectiva de decidir sobre su constitución política y social. El federalismo pasa a ser una clave de construcción de Europa. La cuestión de la soberanía solo puede plantearse y utilizarse en términos de pluralidad, accediendo a las dinámicas que articulan un franco federalismo para los años venideros.

Aquí se entiende una vez más que solo la izquierda –la nueva izquierda que parte de la radicalidad democrática de los movimientos emergentes de lucha y se organiza con arreglo a líneas de emancipación (Syriza y Podemos)– puede imponer la Unión europea no como instrumento de dominio sino como objetivo democrático. *Izquierda-Europa-radicalidad democrática*: este dispositivo cobra cada vez más importancia para la definición de la defensa de los intereses de las clases trabajadores y para la emancipación frente a la pobreza de las y los ciudadanos. Hay una larga y sucia tradición de izquierdas soberanistas a la que hay que poner fin, al igual que hay que derrotar a las experiencias populistas que utilizan los sentimientos nacionales y los transforman en

pulsiones fascistas (nacionalistas, identitarias, aislacionistas). Solo una izquierda europeísta, profundamente transformada por la radicalidad democrática de los movimientos emergentes contra la austeridad, puede construir una Europa democrática.

Aquí se abre otro problema, que podemos denominar la «cuestión atlántica» –es un problema a menudo eludido o excluido del debate, como si resultara obvio que el proceso de unificación europea tuviera que desarrollarse bajo la atenta protección de los Estados Unidos de América. Europa fue auspiciada dentro de la Resistencia antifascista para superar las guerras que hasta mediados del siglo pasado la habían destrozado a la par que empobrecieron y humillaron a sus pueblos. Contra esa condición se construyeron en la postguerra europea y en la transición española los primeros fermentos de un discurso europeo, sabiendo que la paz significaba la posibilidad de democracia, mientras que la guerra ha significado siempre fascismo y militarismo. Tras la caída del Muro de Berlín, la unidad europea ha perdido también las características del último frente contra el mundo soviético y el expansionismo ruso. De esta suerte, el objetivo de una Unión europea se ha autocentrado y reorganizado en torno a un marco de civilización, de estructuras jurídicas propias y de autonomía en el ámbito global.

Pero ahora Europa está rodeada de guerras. Todo el Mediterráneo, tan profundamente integrado no solo al sur, sino a toda Europa por movimientos migratorios y por relaciones esenciales de política energética e intercambios comerciales, está atravesado por una única línea de guerra, de fascismos y dictaduras. Es una línea que se extiende hacia Oriente medio y hace de Europa un actor peligrosamente expuesto a movimientos bélicos que tienen una importancia y una conducción globales. Además, en la frontera este de Europa se está desarrollando una guerra insensata entre pueblos rusófonos, con responsabilidades que hay que remitir a cuestiones

de control global que se contraponen al interés de los pueblos europeos. Desde esta perspectiva, la soberanía de Europa –no ya la soberanía imaginaria de cada país, sino la real de una Unión que está construyéndose– se proyecta sobre la OTAN y es usurpada por esta. ¡Esta es la verdadera cesión de soberanía que han padecido las naciones europeas! Cuando Tsipras propone, de manera simbólica, la necesidad de abordar este problema, toca una fibra fundamental de las estructuras europeas. Introduce a un problema al que todos debemos responder, sin hacernos la ilusión de que pueda resolverse de inmediato pero sin negar su existencia y su impacto central. De lo que hablamos aquí es de la relación de la Unión con la paz o la guerra, con una paz no solo dentro de Europa, sino también en sus fronteras. Por otra parte, está inmediatamente claro que la cuestión atlántica no es un problema que atañe solo a la paz y a la guerra: es una cuestión que de la paz y la guerra se remonta al sistema de control y/o de poder de mando sobre las estructuras productivas y financieras de la propia Europa.

Así, pues, para no ser hipócritas, para hablar claro, para dar un empujón adicional a los procesos de construcción de una fuerza política de la izquierda europea, pongamos de nuevo sobre la mesa algunos problemas que no pueden dejar de plantearse. ¿Qué dice o hace Podemos sobre la inmigración, sobre los refugiados? ¿Pero también –repitiéndonos y precisando nuestra pregunta– sobre la OTAN, sobre los conflictos regionales en curso en los *limes* de la Unión? Si estos temas son considerados «perdedores» en el plano electoral, ¿hay que intentar evitarlos y/o responder con ejercicios retóricos para salir del paso? No, de ninguna manera: en este terreno es muy difícil adoptar como eslogan el «primero se toma el poder, y luego se discute el programa». Los temas de la paz y de la guerra no pueden ser considerados secundarios. Tomar posiciones sobre ellos significa esclarecer sin ambages cuál es la orientación

fundamental del grupo dirigente de Podemos no solo sobre la cuestión de la paz y de la guerra, sino también sobre las cuestiones que remiten a la reforma y a un proyecto constituyente que afecta a toda Europa. El valor y la seriedad con la que Tsipras ha planteado todo el contexto de las temáticas que hoy son importantes para la construcción de una Europa fuera de la Troika son los mismos que nos permiten plantear también un dispositivo «fuera de la OTAN». Los movimientos y los gobiernos de una nueva izquierda saben que tienen que asumir estos problemas como centrales. Sin ambigüedades y siendo conscientes de que la coyuntura global misma puede contribuir hoy a su solución. De hecho, lo que a estas alturas piden los ciudadanos del mundo es una Europa democrática en el conjunto de la nueva realidad global, porque Europa es vista como una realidad que puede renovar una tradición democrática de larga trayectoria, aprovechando la luz que Syriza y Podemos han encendido, como esperanza de reforma y superación del capitalismo.

Los movimientos europeos quieren ser incluidos en la iniciativa política continental que el eje Podemos-Syriza puede crear/está creando en el ámbito europeo. Esa iniciativa constituye en particular un punto de atracción para las nuevas izquierdas y la nueva radicalidad democrática en formación en el sur de la Unión. Tanto el ritmo como el grado de articulación de este proceso dependerán de la marcha actual del gobierno de Syriza y del próximo éxito electoral de Podemos. Todos juntos podemos organizar una ruptura constituyente en el ámbito europeo.